

ERRORES MÚLTIPLES Y CASIONES EXTRAÑAS

INTRODUCCION.

Veritati propugno

La tarea que héme impuesto de rectificar los errores históricos, que por su importancia intrínseca ó por la de las personas que los propalan no deben dejarse pasar inadvertidos, me obliga hoy á examinar la "Monografía Histórica" escrita por el Sr. General Bernardo Reyes, en la actualidad Ministro de la Guerra. Como su señoría advierte, en la "Introducción" de su libro, que su relato será breve por disponer de corto espacio en la obra "México y su evolución social", que debe contenerlo; y como, en consecuencia, da á su trabajo el carácter de Reseña, no exigiré de ella—como exigió el Sr. Hans, con extrañeza mía, de la "Reseña Histórica del Ejército del Norte"—ni el método, ni la documentación, ni la enseñanza filosófica que corresponden á la alta Historia. La juzgaré únicamente como "Reseña" y, en tal virtud, mencionaré tan sólo entre sus deficiencias aquellas que corresponden á hechos tan notables, que no pueden ser omitidos; y los errores que contiene, los cuales no pueden ser disculpados por la brevedad del relato, pues precisamente el no mencionar sino los hechos más notables, y por tanto más conocidos, y el no entrar en prolijos y minuciosos detalles hace que la barca de la Narración se deslice con mayor facilidad por el mar de la Historia sin estrellarse en los escollos del Error.

Antes de entrar al examen de la mencionada "Monografía"

diré dos palabras respecto al poco tino demostrado por el editor—pues no culpo de ello á S. S.—en algunos grabados y láminas de los que adornan el lujosísimo ejemplar que he tenido á la vista.

En la lámina que sirve de portada hay un trofeo formado con sables, cornetas y banderas, reproducción de las guardadas en el Museo de Artillería, trofeo de buen gusto artístico, pero disparatado en sí y deficiente en la explicación que lo acompaña. Disparatado, porque representa el estandarte de Hidalgo—la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe tomada en Atotonilco por enseña de la Insurrección—con una orla verde, blanca y colorada: anacronismo absurdo, sólo superado por un regidor de festividades, que hace algunos años colocó, un 21 de Agosto, en manos de Cuauhtemoc, el estandarte tricolor de Iguala. Deficiente en su explicación, porque dice: “4º . . . Pabellón de Querétaro”; y el lector ó no sabe de qué pabellón se trata ó cree erróneamente que el citado pabellón es uno especial de Querétaro, con las armas de la ciudad, las cuales calcula que no pueden verse en la lámina; porque la parte blanca de dicho pabellón se encuentra en parte plegada y en parte oculta por la bandera tomada á los americanos en la Angostura; y sólo quienes hayan visitado el Museo de Artillería sabrán que el mencionado pabellón es el del Cuartel general de los sitiadores, el que flotaba sobre la tienda del invicto General Escobedo. (1)

Los grabados que representan á varios de los Generales de nuestro Ejército dan una idea muy triste del escaso criterio del artista que los dibujó ó de la persona que los mandó dibujar. Escobedo, Degollado, *Cuauhtemoc*—repetimos estos nombres en el mismo orden de la lista que los señala—Arista, Guerrero y Zaragoza se encuentran reunidos en una sola plancha. Commonfort, Rocha, Alvarez, Valle, Corona, y González Ortega se hallan en otra, formando un *potpourri* menos extravagante que el anterior. Planchas especiales de gran tamaño representan á Morelos, Berriozábal y Díaz. Si “México y su evolución

(1) Aprovecho esta oportunidad para dar las gracias á la Comisión de Auténticas del Museo de Artillería por haber atendido las razones expuestas en mi “Rectificación” relativa á la llamada “bandera de Ulúa rescatada el 5 de Mayo por el General Berriozábal”; é incinerado, en consecuencia, aquel pseud-trofeo.

social” fuera algo más que una empresa mercantil, si la casa editora tuviera algún respeto por la Historia, en vez de barajar inconscientemente los retratos de nuestros generales, habría los organizado por épocas y presentado primero á los insurgentes, después á los trigarantes, en seguida á los defensores de la Reforma y por último á los de nuestra segunda Independencia; habría dado un lugar especial á Cuauhtemoc, que ni puede ser considerado como general de la Nación mejicana, ni puede ser presentado en compañía de ninguno de los jefes de nuestro ejército; no habría omitido presentar las efigies de Hidalgo, Allende, Rayón é Iturbide, generalísimos los cuatro; ni las de Galeana, Matamoros, Bravo, Mina y Moreno tan notables, los cinco, por sus hazañas y por sus victorias; no habría, por último, dado una preferencia tan injustificable al sorprendido de Toluca sobre Guerrero, el constante mantenedor de la lucha por la Independencia; sobre Zaragoza, el héroe del 5 de Mayo; sobre González Ortega, el espartano defensor de Puebla de Zaragoza; sobre Escobedo, el invicto jefe que diera en Querétaro el golpe de gracia al Imperio impuesto por la invasión extranjera y la infidencia mejicana. Preferencia absurda, que puede haber sido motivada tan sólo en la esperanza—cumplida ó no—de una protección ministerial.

*

Llevado de la debida imparcialidad y por ser de la natural incumbencia de los editores las disposiciones concernientes á las viñetas, estampas, letras floridas ó historiadas, etc., que ilustran las ediciones más ó menos lujosas de una obra cualquiera, atribuí á la casa editora de “México y su evolución social” el poco tino á que me referí en los párrafos anteriores; y, en consecuencia, culpé á dicha casa, y no al General Rey, por el disparatado anacronismo, por la notoria deficiencia, por la falta de consideración á nuestros héroes y de respeto á la Historia, por la indebida omisión de las efigies de los más grandes caudillos de nuestra Independencia, y por la injustificable preferencia que, al igual de las demás circunstancias mencionadas, cuidé de señalar específicamente. Pero, platicando un día casualmente con mi buen amigo D. Victoriano Salado Alvarez—actual Subsecretario de Relaciones—supe que D. San-

tiago Ballezá—jefe de la casa editora en cuestión—si bien reconocía la justicia de mis reproches, no se estimaba merecedor de ellos; pues, en todo lo que atañe á las ilustraciones criticadas, se apegó estrictamente á las disposiciones del autor de la “Monografía Histórica del Ejército Mexicano.”

Conocido mi error, tocábame desagraciar á mi citado amigo D. Santiago, lo que hice gustosamente en una sesión del Liceo Altamirano, á la que asistió dicho caballero como invitado de honor. Y anuncié desde entonces que, al publicar la segunda edición de estas “Rectificaciones”, subsanaría mi error asentando, á guisa de contrapartida, la anterior explicación, para trasladar de la cuenta del Sr. Ballezá á la del Gral. Reyes los justos reproches de referencia.

Si la falta de consideración á nuestros héroes y de respeto á nuestra Historia era bien reprochable en el editor, no obstante su carácter comercial y su condición de extranjero, tratándose del autor, mejicano y General de División, como la falta es más grave, los reproches resultan más merecidos aún. Y si la injustificable preferencia dada al sorprendido de Toluca sobre Guerrero, el constante mantenedor de la lucha por la Independencia; sobre Zaragoza, el héroe del 5 de Mayo; sobre González Ortega, el espartano defensor de Puebla de Zaragoza; sobre Escobedo, el invicto jefe que dió en Querétaro el golpe de gracia al Imperio impuesto por la invasión extranjera y la infidencia mejicana; si tan injustificable preferencia, tratándose de una empresa comercial—á la que puede haberse adunado el amor á las letras—tenía por única explicación la esperanza, cumplida ó no, de un subsidio ministerial, tratándose de S. S.—cuya aversión hacia el Gral. Berriozábal fué pública y notoria—tan absurda preferencia no puede explicarse, sino por un habitual espíritu adulatorio—que más de una vez percibirán los lectores—respecto del superior jerárquico, como lo era Berriozábal, Divisionario y Ministro de la Guerra cuando el Gral. de Brigada Bernardo Reyes escribió su “Monografía Histórica del Ejército Mexicano.”

Los Aztecas.

El error capital de S. S. consiste en tomar como base, como punto de partida para la evolución de nuestro ejército nacional, la organización militar azteca, la que describe con manifiesta exageración. Pero, aun suponiendo que su pintura fuera exacta, aun admitiendo que hubiese habido un ejército azteca, en la moderna acepción de la palabra, y que este tuviera una organización militar semejante á la de nuestros días, como la conquista española—y digo “española”, aunque esto suene para algunos á pleonasma, porque el suelo de Anáhuac fué presa sucesivamente de varias conquistas—destruyó por completo todas las instituciones aztecas, todos los frutos de su deficiente civilización, es inconcuso que destruyó su organización militar. Y lo destruido, lo aniquilado, lo extinto, lo finalizado, lo muerto, eso eso no evoluciona.

Que las condiciones biológicas del soldado actual mejicano sean las resultantes de los enlazados atavismos azteca y español es cosa cierta; pero no debe confundirse al soldado con el ejército, al individuo con la institución, á una de las partes simples con el todo complejo. Y no se crea que únicamente por el hecho de hallar una descripción de las huestes aztecas en un libro destinado, como su nombre lo indica, á dar á conocer la evolución mejicana en todas sus manifestaciones, es por lo que digo que S. S. toma como base de la evolución de nuestro Ejército la organización militar azteca, sino porque S. S. lo dice terminantemente en la página décima, con estas palabras: “Y origen aunque remoto de nuestro ejército fueron aquellas huestes mehsicas, que uniéndose con sus aliados llegaron, al ir finalizando el siglo XV, á tener un efectivo de 24,000 hombres de armas, que formaban un cuerpo expedicionario.”

He dicho que S. S. describe con manifiesta exageración la organización militar azteca, y debo comprobarlo.